

Del señor Oyuela (D. Calixto) no conozco á la hora presente más que dos producciones, una en prosa y otra... también, aún cuando él crea que está en verso.

La primera es el prólogo que ha puesto al libro del señor Martinto, y la segunda una *epístola* dirigida al propio señor Martinto, en contestación á otra que éste le había dirigido á él, y publicada en el mismo libro.

El prólogo del señor Oyuela está escrito con bastante buen sentido, en lo general, y su prosa es pasadera, salvo algunos americanismos, como *empeñoso* por empeñado, *cultor* por cultivador, etc.

El señor Oyuela, paisano del señor Martinto, descubre en el prólogo dos buenas cualidades, por las cuales merece alabanza.

No es descreído, ó por lo menos no se presenta como tal, puesto que reprueba las blasfemias del señor Mar... oscuro.

Y no es tampoco enemigo de España, puesto que censura las «prevenciones antiespañolo-

las» de sus paisanos, llamándolas absurdas y ridículas, y se entusiasma con «muestras grandes y gloriosísimas tradiciones literarias españolas», es decir, que llama suyas á las glorias de la madre España.

Todo esto es de alabar en el señor Oyuela.

Peca mucho, sin embargo, en el mismo prólogo, defendiendo, aunque con ciertas restricciones, la desacreditada teoría de *el arte por el arte*, hablando á menudo de la *voluptuosidad* como de un buen elemento de la poesía; y, especialmente, ensalzando los versos del señor Mar... tinto, que en realidad de verdad no lo merecen.

Pero el mayor pecado literario del señor Oyuela, á lo menos de los que yo le conozco, pecado tan grave como se necesita que sea para hacerme olvidar todos sus méritos, es la *epístola* en verso libre dirigida al señor Mar... tinto.

Comienza así:

«Sobre el enjambre de escritores *vacuos*.....»

Buen principio, ¿eh?

¡Vaya un adjetivo que ha escogido el señor Oyuela para terminar el primer verso!...

¡Con decir que Cañete ó don Aureliano Fernández no hubieran buscado otro!...

«Sobre el enjambre de escritores *vacuos*
Rebeldes al saber, *sin don* ni gusto.....»

¿Sin don de qué?... Porque dones hay muchos: desde el de errar que suelen tener los académicos de aquende, y creo que también los de allende los mares, hasta el de entendimiento, que es el tercero de los del Espíritu Santo y el mismo que les suele faltar á ciertos autores de libros con forros azules ó verdes.

¡Ah! Y le advierto al señor Oyuela que *sin don* en latín quiere decir sábana.

«Sobre el enjambre de escritores *vacuos*
Rebeldes al saber, *sin don* ni gusto,
En audacia *opulentos*.....»

¡Vaya otro adjetivo!

En audacia *opulentos*.....

«De orgullo *aito*, de prudencia *ayuno*», que decía el conde de Cheste hablando de Cánovas.

«Sobre el enjambre de escritores *vacuos*
Rebeldes al saber, *sin don* ni gusto,
En audacia *opulentos*, que titulan
A pedestre desmán, á torpe orgía
Genial inspiración, potente vuelo,
(Injuria haciendo á *venerables* nombres),
Y orgullo son de esta ciudad *indocta*,
Tu ira *generosa* se derrama.....»

¡Gracias á Dios que llegamos al verbo!
A donde la oración hace algún sentido,
pues según se iban enlazando los incisos, con

ó sin paréntesis, temí que no llegáramos nunca.

Y antes que se me olvide, señor Oyuela. No se dice «que titulan á pedestre desmán, á torpe orgía»; se dice «que titulan *el* pedestre desmán, *la* torpe orgía.»

Esto en caso de decirlo de alguna manera; pero lo mejor sería que usted no lo dijera de ninguna.

Sigamos:

«Tu ira generosa se derrama,
Domingo, amigo, y con fecundo estrago
En bravío raudal hirviente rueda.»

Bueno, Domingo amigo, digo, Calixto amigo, bueno.

Quedamos en que rueda *hirviente* en raudal *bravío* con estrago *fecundo* la ira generosa de Domingo... amigo.

Y adelante:

«Tanto pueden los necios, que tu musa,
Dulce eco del amor....»

¿Dulceco?... Vamos, sí, como dulzaco, un dulce de morondanga.

«Tanto pueden los necios, que tu musa,
Dulce eco del amor, siempre adornada
Con frescas rosas de embriagante aroma....
(Son asonantes ambos hemistiquios)
Despide ya saetas encendidas....»

¡Claro! Algo tenían que ser las saetas,

siendo frescas las rosas, y el aroma embriagante, y el eco dulce ó dulceco....

Siga usted:

«Tú, descendiente de Musset y Horacio,
(¡Cuánta exageración, Calixto implume!)
Que aquí su amable espíritu renuevas
Libre, sincero, ameno, voluptuoso....
(¡No le llama usted más? pues... poca cosa.)
Te irgues á azotar con mano dura
(¡Al fin artista!) á los que en fuerza....»

¡Hombre! Este pobre verso se le ha quedado á usted cojo. No tiene más que nueve sílabas.

A no ser que las haya contado usted todas por los dedos sin hacer sinalefa ninguna, que entonces son once.

Al-fin-ar-tis-ta-á-los-que-en-fuer-za.

Pero no se cuentan así.

Y es lástima que teniendo usted tal facilidad de aplicar epítetos, no haya remediado usted con la aplicación de alguno la cojera del verso.

Pudo usted llamar *mediano* ó *malo* al artista, verbigracia:

«(Al fin mediano artista) á los que en fuerza....»

O bien:

«(Al fin artista malo) á los que en fuerza...»

O haber llamado á la fuerza *bruta* ó *blanda* ó *verde*...

Continuemos.

«Te irgues á azotar con mano dura
(Al fin *(mano de)* artista) á los que en fuerza
De romper moldes con risible eneono
Nombre dan de obra de arte á masa informe.»

¿Como este verso último?

Porque le aseguro á usted, señor Oyuela,
que es la masa más informe y más desgracia-
da que he visto entre versos.

Sin excluir los de los académicos, ni los de
los marqueses, ni los de Carulla...

«Nombre dan de obra de arte á masa informe...»

¡Por Dios, señor Oyuela!

¿Le parece á usted que eso es un verso en-
decasilabo?

Siga:

«Tu epístola vibrante...»

¡Pero hombre!.. ¿Le parece á usted que
una carta puede vibrar?

A ver, á ver:

«Tu epístola vibrante, cruje, estalla
Culebrea en los aires...»

¡Válgame Dios, y qué cosas hace una epís-
tola!

No las hace; pero se las acumula el señor
Oyuela.

Que sigue diciendo:

«Culebrea en los aires, y do cruza
Su retorcido verso, brota sangre.»

Al fin ha dicho una verdad, la del *retorcido*
verso.

Porque efectivamente, los versos de las
epístolas del señor Mar...tinto suelen ser más
retorcidos que cuerno de cabra.

Como que se llevan muy poco los del se-
ñor Martinto y los del señor Oyuela.

El cual continúa con este verso prosaico y
feo:

«Mas ellos seguirán rimando en vano...»

Sí, y usted haciendo versos sin rima pero
con asonantes involuntarios, como *rimando y*
vano, y con prosaismos, como el de *mas ellos*.

«Mas ellos seguirán rimando en vano,
Escribiendo novelas alevosas
Y violando la crítica...»

¡Qué atrocidad, señor Oyuela!..

¿Y eso se va á quedar impune?

«Y violando la crítica: que el necio
Y vulgar escritor, el falso artista,
No cesará jamás de hacer borrones
Mientras tinta y papel fabrique el mundo...»

El mundo no fabrica esas cosas. Se fabri-

can en el mundo, eso sí; pero las fabrican los fabricantes.

¿Si querrá usted descargar también sobre el mundo el pecado de la fabricación de sus versos?

Conste, señor Oyuela, que yo, por la parte que pudiera tocarme, rechazo la acusación por adelantado.

«¿Qué remedio?...» pregunta usted en seguida, como dando á entender que no hay ninguno, en lo cual se equivoca usted, señor Oyuela, se equivoca.

¿Que qué remedio?... Pues uno muy sencillo. Para todos esos ripios y esos disparates de usted hay un remedio sencillísimo: que usted no escriba.

No imite usted al *necio y vulgar escritor* de quien hablaba usted más atrás, y está ya todo remediado.

¿No lo cree usted así?.. Pues siga usted:

«¿Qué remedio? Es la ley. Por todas partes
Esa turba pulula y culpa es nuestra...»

Será de usted; pero no nos meta usted allá á los demás.

«.....y culpa es nuestra
Si nuestra estupidez le brinda un trono.»

¿A quién le brinda un trono?

Pero ¿para qué se lo pregunto á usted, si no lo sabe?

«Bien hace *empero*, al alma atribulada
Tu protesta viril, *conste* elocuente,
(*Conste que usted es quien subraya el CONSTE*
Sólo para indicar que es sustantivo,
Sin que tampoco así lo crea nadie)
A edad más venturosa que no fuimos
Bárbaros todos, *por desdicha nuestra.*»

Donde al pronto no se sabe si la *desdicha nuestra* (es decir, del señor Oyuela y de su compadre), consiste en no haber sido bárbaros, ó en haberlo sido.

Después ya se sabe, ó á lo menos se sospecha, que el señor Oyuela tiene por una *desdicha* para sí y para el señor Martinto el no haber sido bárbaros, pues que dice en seguida:

«Desdicha sí, y profunda, cuando ciño
Corona la *estulticia*, y dicta leyes,
En la mente llevar cual *diosa*, *alzada*
La *riente* visión de la hermosura...»

De donde lo único que se saca en limpio es, que don Calixto ve visiones... *alzadas*...

Y ahora le toca al pobre Horacio sufrir una granizada de motes.

Hasta *prisma* llama á Horacio el señor Oyuela.

Véanlo ustedes.

«Y recuerdas á Horacio! ¡El *arte* mismo!
¡El *gusto* en esplendor! ¡*Luciente prisma*
En donde la belleza, *enamorada*,

Quiebra el raudal de su *opulenta* lumbre
Y en *iris elegante* la despliega!...

¿Han visto ustedes más disparates juntos?
Llamar al lírico latino... primero *arte*;
después *gusto en ropa blanca*, digo, en esplendor,
que es casi lo mismo, y luego *prisma
luciente*....

¡Ah! Y añadir que en este *prisma luciente*, la
belleza, enamorada, así, con todas estas co-
mas, quiebra, no un puchero, sino el *raudal*
de su lumbre *opulenta*, como el consuegro de
Pidal, y la *despliega en iris*... elegante...

¡Don Calixto, don Calixto!...

Y todavía dice usted que

«Natural es....»

¡No, señor! ¡Qué ha de ser natural!... Es
absurdo todo eso.

«Natural es: tu espíritu *ofendido*
Huyendo el *bajo erial* do el *cardo crece*
(*No son los eriales lo más bajo*)
Vuela á las cumbres donde el hombre casi
(*Vuelaálas... armonía imitativa*)
Del mundo se desprende, y *feliz* mira
Diáfano el cielo, cual *crystal inmenso*...»
(*Asonantes y ripios que la ira*
Despiertan del mortal menos propenso.)

Sigue el señor Oyuela tan campante:

«*Empero*, á los que *impúdicos* profanan
O *inconscientes* tal vez... (*Ya no es lo mismo;*
Aunque igualmente es prosa) el *Arto august*,

Harta atención concedes, *al lanzarles,*
Sólo al pasar (*quiso decir de paso,*
Mas no supo) tu dardo *justiciero*..»

Continúa diciendo don Calixto,
Que me va pareciendo poco listo.

«Cumplido este deber, limpios de polvo
(*¿Y paja?... Pero ¡guá! no será tanto*)
Del *combate mental*, al templo vamos
Donde los himnos *inmortales claman*
De la *santa hermosura*. (*Me parece*
Bastante aventurado y caprichoso
El clamor de los himnos). Nuestra ofrenda
Será modesta, es cierto; pero (*mala...*
Tan á carta cabal, que si yo fuera
Lo que la diosa, como soy cristiano,
Os la tiraba á los hocicos) baste
A sustentar el *generoso orgullo*
(*Generoso ¿por qué? ¿No será necio?*)
El saber donde se alza el templo *magno*...»

¡Vaya una habilidad para tener orgullo
generoso!...

¿Cree usted, don Calixto, que para oír misa,
verbigracia, basta saber dónde está la iglesia?

Pues tampoco para ser poeta es bastante
saber dónde está el templo de la hermosura,
el templo magno, como usted dice.

Además, que tampoco lo sabe.

Y la prueba de que no lo sabe es que trata
de describirle y no se le ocurren más que co-
sas feas, ripios y extravagancias.

Por ejemplo:

«Allí el *alto pensar*, allí el *fulgente Resplandor* de la imagen, la *en deseos Rica* amplitud de la *imperante forma*. Do la fuerza y la gracia se entrelazan, De *cuya* (?) limpia desnudez *trasciende* La *interna luz* que el pensamiento *crea* (Mas si la *crea el pensamiento ¿cómo Trasciende de la forma? Usted se ha ido...*) Allí el *mágico son*, la melodía Que suspende el sentido y *vibradora* (Como las pobres cartas de Martinto) Por las *inmensas* naves se derrama...»

¿Y todo eso es lo que ha visto usted, señor don Calixto, en el templo magno?...

1.º Un *alto pensar*, que es un académico decir.....

2.º Un *resplandor fulgente*, como no podía menos de ser. ¿Ha visto usted algún *resplandor* que no *luzca* ó que no *resplandezca*?...

3.º La *en deseos* rica amplitud, que parece una pobre vieja, mal arrepentida...

4.º Una *cuya* que no se sabe si es la gracia, ó la fuerza, ó la *imperante forma*.

5.º Una *luz interna* que primero parece que *trasciende* de la desnudez y luego resulta que la *crea el pensamiento*.

6.º Un *mágico son*, una melodía *vibradora* y.....

¡Cuando yo le digo á usted, señor don Calixto, que no ha entrado usted en el templo de la *Hermosura!*...

Usted ha confundido ese templo con la ca-

sucha número 26 de la calle de Va-al-verde, domicilio de la Academia Española.

Allí sí se conoce que ha entrado usted, si no materialmente, á lo menos en espíritu.

Pero, amigo, aquello no es el templo de la belleza, sino lo contrario, el templo de la deformidad y del desatino.

Le han engañado á usted.

En el templo de la poesía ni ha entrado usted nunca, ni sabe por dónde se entra.